

He de reconocer que el pasaje que me ha hecho temblar de la novela de Juan Luis ha sido la contraportada.

Cuando Juan Luis me pidió que interviniese en este acto, opté por intentar no contaminarme sobre el contenido de la obra y evitar tener contacto con referencias o críticas sobre la misma.

Es la mejor manera, pensé, de generar un relato no sólo propio, sino aséptico, buscando una neutralidad fría y distante con la pretensión de trasladar a la audiencia una visión intrínsecamente clara de la novela.

Por pulcro, ni leí la referencia de la contraportada, esa que suele ser origen de controversia, cuando no de disputa, entre el autor y el editor, como bien recordaba otro escritor, Federico Abad, en una conversación en el marco del foro en el que coincidimos ambos con Juan Luis, Iniciativa Córdoba 20-30, un centro de ideas y propuestas que pretende hacer de Córdoba una ciudad activa y con una visión clara de sus objetivos sobre la base de la realidad del potencial de recursos de los que disponemos.

En el resumen de la obra en la contraportada, el autor quiere explicar lo que el texto esconde y el editor quiere contar lo que la novela vende.

Pero como aquí autor y editor son la misma persona, lo que se llama "edición independiente, el que en la contraportada de "Un café de buena mañana" se afirma sin ambages que se trata de una "obra de no ficción", cita literal, no invita a otra cosa que a reflexionar seriamente sobre la situación de las cloacas del Estado, que son propiamente las mismas que las de la sociedad, que si bien tendemos a pensar que están bajo nuestros pies, tras la lectura de la novela podemos pensar que transitamos por ellas.

Y no me vengo a referir a aquel juego dialéctico que uno de los padres de la Constitución, Miquel Roca, usaba en su aventura reformista a mitad de la década de los ochenta del siglo pasado cuando decía que habíamos vuelto a tener las mismas precauciones que al final del franquismo y que en el comienzo de la Transición a la hora de hablar por teléfono, con el uso de metáforas y claves para intentar eludir dar más información que la que se suponía que debían saber los oídos ilegales que las escuchaban.

“Un café de buena mañana” es la narración de una impostura. Utilizo este término porque viene en la contraportada, ya que me da la sensación que facilita destripar la parte honda de la trama de la novela.

El autor se ha tomado esta licencia y ¿quién soy yo para corregirlo?.

Si el responsable de esa afirmación es magistrado en ejercicio, ha sido juez de instrucción que ha dirigido causas de destacada degeneración moral y ética y repercusión pública y fue diputado en el Congreso durante siete años y el único que votó a favor de la reforma de la Constitución para alterar el artículo 135 sobre el principio de estabilidad presupuestaria y que, al mismo tiempo, entendió que había que someterlo a referéndum, habrá que pensar que el término “no ficción” no es una licencia para vender libros.

La novela se toma los nueve primeros capítulos para caminar por vicisitudes que no permiten vislumbrar la fiesta política que se va a montar desde el apartado décimo hasta el final.

Eso pese a que desde el principio aparece un trío de personajes capitales en la historia, el político, un ministro del Gobierno de España con ínsulas de primer ministro, su dominante jefa de

gabinete y una tercera mujer, la periodista, esposa del responsable del periódico sobre el que discurre la parte mediática de la historia.

En esta primera parte no se trata de la corrupción, sino que plantea una historia de amor, el flechazo del ministro y la periodista tras una entrevista, y pone sobre la mesa la inagotable capacidad de la idiotez humana.

Ni político ni comunicadora toman la más mínima precaución en sus comunicaciones móviles, en una relación que avanza a pasos agigantados ante la complicidad de la jefa de gabinete y mediante un fluido ritmo narrativo.

Tan rápida va la cosa que el origen del título de la novela, “Un café de buena mañana”, se desvela ya en la página 28 y se repite como una especie de mantra cómplice entre los dos personajes principales de la obra.

Decía que el texto pone sobre la mesa la inagotable capacidad de la idiotez humana porque Juan Luis ha construido un relato original basado en comunicaciones escritas, es decir, que estamos ante una novela epistolar. Les invito a que se fijen en las horas de las comunicaciones, un dato curioso para seguir el tempus narrativo, o más diría que casi imprescindible para sacar todo el jugo a los detalles de la novela, donde nada sucede en tiempo real sino donde todo nos es narrado o en futuro o en pasado por los protagonistas, primero entre la jefa de gabinete y el ministro y luego, durante el resto del texto, entre éste y la periodista.

Hablaba de la inagotable capacidad de la idiotez. Y yo me lo creo. El autor sitúa el comienzo de los hechos un lunes 19 de enero y su término

un jueves 16 de abril. No pone el año. Pudo ser 2015, que es el más cercano en que coinciden esas fechas.

El 18 de enero de 2013 se emitió aquel famoso SMS “Luis. Lo entiendo. Sé fuerte”, que el diario “El Mundo” desveló en julio de ese mismo año.

¿Creen ustedes que nuestra clase política, la casta que ha hecho profesión de esto, ha aprendido?

Ya les digo yo que no.

Hace unos días vi un mensaje, la verdad que era un Whatsapp no un SMS, de un político de estos que dicen que vienen a regenerar la vida pública andaluza, que no sé yo qué supone eso, con el que se intentaba influir en una decisión de un órgano de administración de una entidad pública que actúa en régimen de descentralización funcional, con autonomía en su gestión, organización y funcionamiento.

El autor de ese mensaje lleva 35 de sus 50 años en política y 25 de ellos ininterrumpidamente ocupando cargos públicos.

Por eso no es de extrañar que los protagonistas de “Un café de buena mañana” no cayesen en la falta de cautela con la que estaban manteniendo su relación a nivel epistolar hasta un mes después de empezar el tonto.

“Posdata de advertencia -escribe Alejandra, la periodista, al ministro-: estos cuerpos cruzados de palabras que van y vienen entre nosotros en forma de correo dejan huella y rastro, y bocean al mundo nuestro particular arraigo. Igual merece la pena protegerlos de la indiscreción ajena. Piénsate crear una nueva cuenta desde la que comunicar conmigo, que los caminos del Señor son intrincados pero certeros...”.

Pero al político le da igual y dos días después, en la explicación de lo que llama "Casa de los Espías Patrios", le responde:, "... quedo a tus iniciativas de seguridad desde el escepticismo que me da el saber que mientras tú lees esto, otros ojos ríen, y analizan, atan cabos, luego informan, y, después, venden al mejor postor".

Claro está que nadie puede criticar que la mente se nos vaya a temas de actualidad como la del paisano Villarejo, el comisario de la gorra y la carpeta, aquel que todo lo grababa.

A ver si en los 40 terabytes de audios, vídeos, imágenes y documentos que analizan la Fiscalía Anticorrupción y la Policía sale algo de su intervención en "un enredo llamado Ciudad Al Mansur", como acertadamente lo llamó hace un par de años el periodista Aristóteles Moreno en ABC, y su paso por el Ayuntamiento de Córdoba, en una operación frustrada por Carmen Calvo desde la Consejería de Cultura cuando pretendía poner un decorado a las puertas de Medina Azahara, y por el Almodóvar del Río.

Valdría la pena conocerlo por más que el paso del tiempo, si es que hubiese habido algo penalmente reprochable, hubiese devenido en su prescripción

Quizás de la conciencia de la existencia de tanto terabytes grabado por ahí, el personaje principal de la novela ironiza al responder a su ya amante al afirmar que "hasta de vez en cuando saludo con cariño a los mirones del Estado que nos leen...".

El capítulo de inflexión para entrar en el mundo de la política, sin dejar la parte rosácea del relato, no deja de colocar la típica reflexión sobre quiénes son de verdad los míos, que hace el ministro sobre la

preparación de una reunión que debe mantener al día siguiente en Bruselas, o un poco más adelante presenta otra verdad verdadera, como si fuese una tarifa de Yoigo, al señalar que tiene un directo en "un Sálvame de Luxe mañanero para vender una moto vieja y usada que Moncloa ya no sabe cómo pintar".

U otras referencias como cuando GJ, el Gran Jefe, el presidente del Gobierno que no va a optar a la reelección y cuya sucesión abre el tarro de las intrigas, le anuncia que van a relanzar su carrera política "en el lugar postrero bien visible que nadie quiere".

O en el momento que parafrasea a don Juan de Borbón cuando el 4 de mayo de 1977 cedió preconstitucionalmente los derechos dinásticos a su hijo, don Juan Carlos I, en boca de uno de los "peluches", que así lo define, del Gran Jefe, y con taconazo incluido, dice aquello de "España, claro está, siempre por España".

O, hasta aquí debo leer para no destripar la resolución de la obra, cuando la protagonista femenina escribe unos párrafos antes del final: "Es verdad que cunde en mí el desánimo. El desánimo y algo más ¡Tanto fango a mi alrededor...!

Cuando se realiza esta afirmación, la trama ya lleva rota buena parte de la novela con el núcleo de una corrupción que Juan Luis introduce de una manera muy inteligente y diría también sorpresiva, al menos para mí, que le pillé la resolución del final de su primera incursión literaria, "Ginamon Orange", publicada en 2014, lo que consigue con un ritmo narrativo que engancha en ese difícil sistema epistolar de contar lo que sucede sin utilizar el presente.

Aquel primero de abril de 2014, una de las personas que intervinieron en la alternativa como narrador de Juan Luis Rascón fue una querida

compañera suya de Cámara durante su andadura como legislador, Carmen Alborch.

Unos años después, el 3 de octubre de 2017, y uno antes de que nos dejase para siempre, al recibir la medalla de la Universidad de Valencia, donde había sido decana de la Facultad de Derecho, se mostró "convencida de que el profundo secreto de la alegría es la resistencia".

Ese concepto es el que nuestro autor, el que este cordobés nacido en un pueblo de Jaén, pone en práctica, el de resistir para estar alegre, para ser feliz, para cumplir con esa obligación que todo constitucionalista le hace exponerse para defender lo que implica la Carta Magna en toda su extensión, como ha hecho hace unos días en las redes sociales.

Lo ha hecho, en concreto en el aniversario del golpe de estado del 23 de febrero, con motivo de la "primera purga totalitaria", según escribió literalmente, de los socios parlamentarios de los que vienen a regenerar, esto lo digo yo, cuando lo primero que deben hacer es purgarse de 36 años de hemeroteca:

"Me llamo Juan Luis Rascón y soy juez que dedico mi vida profesional a proteger los derechos de las personas en la Sección 3ª de la Audiencia Provincial de Córdoba (especializada en violencia de género). Aquí estoy", puso en su perfil de la red social Facebook.

Carmen Alborch, en su discurso en la Universidad de Valencia, citó a la filósofa y catedrática Victoria Camps, en su apuesta por educar el sentimiento a fin de que los ciudadanos y ciudadanas sientan orgullo por los comportamientos cívicos y democráticos y vergüenza o culpa por los comportamientos que empañan la imagen de la democracia.

Con Juan Luis, el sentimiento no puede ser de más orgullo.

No sé si cuando terminen de leer "Un café de buena mañana" tendrán la sensación de que el sistema está muerto o vivo, que si tendrá solución o no o si, incluso, se creerán el carácter de no ficción que el autor asevera en la contraportada que rige su obra.

Esta es la tercera novela de Juan Luis Rascón, es la tercera presentación a la que asisto, es el tercer libro que me dedica y en todos los casos me ha calificado en esa letra de médico del seguro que tiene como cómplice.

No sé si que te tache de cómplice alguien que ejerce una profesión que se caracteriza por manifestar sus opiniones en sentencias que terminan en un fallo que delimita que puedas ir a ver el fútbol al campo o que sólo lo puedas escuchar por la radio es bueno.

En la última ocasión, cuando presentó "Punta Paraíso", novela de la que sólo fui capaz de adivinarle por anticipado la portada, el Monumento al Holocausto de Berlín, la dedicatoria fue "como amigo y cómplice de tantas aventuras de vida y muerte".

Bromeamos entonces, el 16 de noviembre de 2016, sobre nuestra cadavérica situación en relación con la política, él alejado ya de esa actividad y reintegrado en su oficio de magistrado y yo en una retirada que la aritmética parlamentaria no ha permitido fraguar aún.

"Punta Paraíso", a diferencia de "Un café de buena mañana", no sólo no es una no ficción, sino que adentra en el más allá a través de un cementerio postmoderno donde los difuntos disfrutaban de una segunda oportunidad, pero no unos finados cualquiera, sino con entidad e historia detrás. En esa ficción literaria, también introdujo lo que su



admirada Carmen Alborch citaba como el profundo secreto de la alegría, la resistencia.

Si alguien se creía que una persona que fue vanguardia en un modo de entender la representación de la soberanía popular y que creyó que la Constitución no debía reformarse sin el referendo popular, estaba políticamente muerta, se equivocaba. Ha demostrado que a través de la literatura también se hace política y se construye ideología.

Si me permiten la frivolidad, si es que lo estuvo alguna vez, este muerto está muy vivo.

Muchas gracias.